



# HUMANIDADES EN LA ENCRUCIJADA. EL CASO DE LA LINGÜÍSTICA

VIOLETA DEMONTE

Catedrática de la Universidad Autónoma de Madrid

LA TESIS DE ESTAS PÁGINAS ES QUE LAS DISCIPLINAS HUMANÍSTICAS SE ENCUENTRAN

En este momento en una delicada encrucijada entre la tradición y la modernidad, entre el saber estable y vías nuevas no fáciles de discernir, que afecta al contenido mismo de sus estudios tanto como a los métodos de trabajo y la forma de relacionarse entre sí de las comunidades de humanistas. Para intentar caracterizar y situar de manera escueta esta encrucijada se toma como ejemplo el estudio del lenguaje y de las lenguas: la filología y la lingüística. En la primera sección se analiza con brevedad la “cultura” que impregna a las humanidades y cómo se reciben y administran en ella los giros disciplinares y la adaptación a los requisitos generales de la actividad científica. El segundo apartado trata de los estudios lingüísticos y filológicos en España y sus relaciones con América y Europa. Por último, se hace referencia a la interdisciplinariedad y a la internacionalización como elementos clave para la renovación de los estudios del lenguaje y los humanísticos.

VIOLETA DEMONTE ES LINGÜISTA Y CATEDRÁTICA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE Madrid, centro en el que enseña desde 1973. Estudió en la Universidad de Buenos Aires, en Indiana University y en la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido investigadora visitante del MIT, UCLA y USC, en Estados Unidos de América, y del Instituto Lingüístico de Utrecht, Holanda. Ha enseñado como profesora visitante en la Universidad de Minnesota, en la Universidad Carolina de Praga, en el Colegio de México, en la Universidad del Comahue, en la Universidad Católica de Valparaíso, entre otras muchas. Sus áreas de especialización son la lingüística teórica, la gramática formal y la semántica léxica de las lenguas naturales. Sus numerosas publicaciones incluyen varios libros y artículos especializados en revistas nacionales e internacionales. Colabora desde 1984 en tareas de gestión y evaluación de la investigación: en la antigua CAICYT, en las direcciones correspondientes del Gobierno Vasco y de la Generalitat de Cataluña, en ICREA, en la European Science Foundation, etcétera. Ha realizado también tareas de evaluación para el National Endowment for the Humanities, Estados Unidos de América, y para el Research Council de Canadá. Ha sido miembro

de la Comisión de Humanidades de la FECYT y representante española en el Standing Committee for the Humanities de la *European Science Foundation*. Ha formado parte del ERA-NET Expert Review Group de la Comisión Europea y en la actualidad forma parte del grupo de expertos del Directorate General of Research de la CE para analizar y extender el ERA-Green Paper. De 2004 a 2007 fue directora general de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia.

# HUMANIDADES EN LA ENCRUCIJADA. EL CASO DE LA LINGÜÍSTICA

VIOLETA DEMONTE

Catedrática de la Universidad Autónoma de Madrid

## LOS ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LA “CULTURA” DE LAS HUMANIDADES

LA INVESTIGACIÓN SOBRE LO QUE CREAN LOS SERES humanos y sólo los seres humanos: el arte y la literatura en sus diversas formas, la construcción del conocimiento científico, los materiales de los procesos históricos, la acción consciente sobre la naturaleza..., y sobre las condiciones o capacidades, también específicamente humanas, que permiten esos quehaceres: el lenguaje, el pensamiento, las emociones, las conductas sociales, la posibilidad de reflexionar sobre uno mismo, sobre el mundo y sobre los principios conforme a los cuales actuamos..., forman el contenido de las así llamadas humanidades. Los saberes humanísticos constituyen un caudal de larga tradición e historia compleja, incluso con algunos momentos de hegemonía sobre el resto de las disciplinas académicas. Como es sabido, durante siglos una aspiración de los científicos era convertir los saberes físico-matemáticos en parte central de la filosofía de la naturaleza. La actividad de un físico y un filósofo podían concebirse como dos facetas de una misma actividad: Aristóteles clasificó todos los saberes, Galileo fue “matemático y filósofo del Gran Duque de Toscana”, Newton comenzó por escribir *Quaestiones quaedam philosophicae* [Algunas cuestiones de filosofía] para llegar al fin a revolucionar nuestro conocimiento de la naturaleza y de las leyes que la rigen. Varias de las áreas más recias de la ciencia fueron en sus orígenes filosofía con elementos matemáticos, y saber gramática, retórica y dialéctica –en latín, como es natural– era una precondition para entrar en las actividades matemáticas: el *trivium* preparaba para el *quadri-*

*vium*. De la Edad Media y el Renacimiento viene esa específica acepción de humanismo y humanidades, que tiene aún seguidores, según la cual quien fuera capaz de conocer las lenguas grecolatinas y leer a los clásicos estaba en condiciones de acceder a todos los demás saberes.

Como es lógico, la situación de las humanidades no es ya la del Renacimiento, ni tan siquiera la del siglo XIX. A mi modo de ver, estas disciplinas se encuentran en este momento en una delicada encrucijada entre la tradición y la modernidad, entre el saber que ya es bagaje y las vías nuevas no fáciles de discernir ni de recorrer, que afecta tanto al contenido mismo de sus estudios como a los métodos de trabajo y la forma de relacionarse entre sí de las comunidades de humanistas. Me viene a la cabeza a este propósito un minicuento memorable de Augusto Monterroso que dice sólo lo siguiente: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. La pequeña fábula produce zozobra, no tanto por el pobre dinosaurio condenado a vivir eternamente sino por los que pudieran encontrar dinosaurios al despertarse, aunque hayan pasado a su lado varias eras geológicas.

En estas páginas tendré la osadía de intentar caracterizar y situar, en pocas pinceladas, esta encrucijada. Para hacerlo tomaré como ejemplo aquella rama de las humanidades con la que estoy más familiarizada: el estudio del lenguaje y de las lenguas. Seguir los pasos de esta disciplina me permitirá abordar cuestiones más generales; en primer lugar, trataré brevemente de la “cultura” que impregna a las humanidades y de cómo se reciben y administran en ella los giros disciplinares y la adaptación a los requisitos generales de la actividad científica. En el segundo apartado, más convencional y descriptivo, hablaré en forma breve de los estudios lingüísticos y filológicos en España y sus relaciones con América y Europa. Por último, me referiré a la interdisciplinariedad y a la internacionalización. Todo ello con la brevedad que el espacio exige.

Hace ya casi 50 años, el surgimiento de la lingüística teórica estableció, dentro de las disciplinas que se ocupan de las lenguas, un primer hito en un cambio disciplinar que marcaba la aproximación del estudio del lenguaje (de una parte de él al menos), desde el reino interpretativo de las humanidades, hasta el reino acotado, abstracto, formalizado de las ciencias experimentales y de la naturaleza; ni mejor ni peor en principio, pero sí distinto.

Dos conjuntos de hechos significativos en el aspecto científico, dos ejes complementarios de un mismo paradigma, indicaban ese cambio de ruta. El primero fue la aparición y desarrollo, a lo largo de los años 1960-1970, de la “teoría de la sintaxis generativa”, en sus sucesivos modelos. El segundo, no independiente del anterior y asentado a su vez sobre una larga tradición lógica y filosófica, fue el giro de la semántica lingüística hacia la búsqueda de los principios que establecen cómo la “composición” o interrelación de los morfemas y palabras en una estructura oracional determinan las condiciones de verdad en términos de mundos posibles. Estos dos enfoques confluyen posteriormente con el de la pragmática cognitiva (la teoría de la relevancia, por ejemplo) y dan forma a un modelo que tiene vasta ambición: explicar la naturaleza del lenguaje, formalizar los principios universales sobre los que se construyen y entienden las oraciones de las lenguas y, por último, explicar sus condiciones de uso.

Las afirmaciones centrales de este modelo, que suele llamarse “naturalista” o cognitivo-innatista, son verdades de Pero Grullo para un biólogo, si bien en nuestro caso se formulan en un vocabulario y en un marco teórico que no son, ciertamente, los de la genética o el de la biología molecular. Por otra parte, los modelos formales de los semantistas despiertan interés entre los expertos en procesamiento del lenguaje natural, aunque también es cierto, al menos por el momento, que, por la gran cantidad de variables que ponen en juego, no son articulables con facilidad en los modelos computacionales de la inteligencia artificial. Con otras palabras: las aseveraciones de la lingüística cognitivista en sentido amplio, o lingüística formal, han despertado la atención de dos de las grandes áreas por las que discurren los más rápidos desarrollos científicos en este momento. No obstante, la lingüística no es parte natural de esas disciplinas, pero sí es una disciplina que ha cambiado.

Dada la lentitud con que siempre se llevan a cabo los giros institucionales y de concepto, es fácil entender que este enfoque del estudio del lenguaje, a la vez que era mirado con atención desde focos ajenos, tuviera una difícil comprensión en el interior de las diversas tradiciones y corrientes (a veces llamadas “escuelas”) que encuadran los estudios de las “lenguas”; en el seno pues de la “cultura” de las humanidades. La razón de esa incompreensión es bastante simple: esta cultura aprecia la (re)interpretación, la intertextualidad y la acumulación de datos; la cultura de las disciplinas formales premia la eliminación de soluciones que se demuestran débiles en pro de la adecuación de la explicación y de la búsqueda de la mejor solución. Por otra parte, las humanidades son las guardianas de la historia, de los textos, de las grandes preguntas contestadas desde posiciones especulativas, de las razones de los acontecimientos sociales, de los “genios” particulares. Las ciencias de la naturaleza, con las que se alinearía en última instancia el enfoque de la lingüística antes mencionado, aspiran a encontrar leyes y dar razón de su ejecución en contextos determinados. Es natural, así las cosas, que haya sido y sea aún difícil el mutuo reconocimiento y la cooperación entre los actores de estos dos mundos y que en el interior de áreas que se definen por sus contenidos afines más que por sus métodos –como puede ser la de los estudios lingüísticos hispánicos–, las relaciones entre los filólogos y los lingüistas, los historiadores de la lengua y los lingüistas, los gramáticos tradicionales (sea lo que sea lo que signifique esta locución) y los lingüistas no hayan sido demasiado fluidas pese a lo conveniente que, en ocasiones, podría ser el acercamiento.

Vaya por descontado que el debate sobre las dos culturas no tiene en este momento demasiado sentido. No lo tiene, en primer lugar, porque

a veces lo que parece una “cultura” en un determinado momento resulta ser más tarde una etapa de un proceso que inevitablemente llevará a la integración, o a la desintegración; en todo caso, al cambio. En segundo lugar, porque los cambios generales de la sociedad muestran, de manera progresiva, aspectos nuevos de las así llamadas dos culturas. Durante muchas décadas, al menos en el ámbito europeo, las humanidades y sus actores han dispuesto del prestigio que les daba el ser las dueñas de la interpretación, como alternativa a la explicación, en un mundo donde la comunicación se extendía con lentitud y los textos, lejanos por diversas razones, reservaban misterios, “lecturas” y “ediciones” que se aclaraban e iluminaban poco a poco y parecían ser infinitos. Las ciencias de la naturaleza, a su vez, eran inaccesibles para la mayoría y, lo que es más importante, no se veía tan claro como puede verse hoy día –en especial en lo que se refiere a las ciencias de la vida– que de sus hallazgos y descubrimientos podían derivarse consecuencias decisivas para el desarrollo y mantenimiento del planeta y sus ecosistemas, así como para el bienestar de los países y de los seres humanos.

Es más que seguro que la situación ha cambiado de modo sustancial: ha aumentado el prestigio y el peso social de las ciencias experimentales, su desarrollo se considera estratégico para el crecimiento de las naciones y los científicos empiezan a ser tan dueños de la interpretación como los filósofos o los historiadores. Con todo esto no es menos cierto que la sociedad necesita de los humanistas y los reclama. Por lo menos en el contexto europeo se espera cada vez más que las humanidades (acaso algunas de sus disciplinas) contribuyan a solucionar algunos de los “problemas candentes”: “desde los desafíos que impone la seguridad hasta los relacionados con el multiculturalismo y la identidad europea”, como se dice en un reciente trabajo de la Comisión Europea a propósito del Séptimo Programa Marco de Investigación.

Es cierto: los acontecimientos sociales y políticos y sus razones deben iluminarse desde el pensamiento de otros y desde los análisis previos de hechos similares; la capacidad organizadora y prospectiva de ciertas ramas de la filosofía debe acompañarse con el estudio neurocientífico de la mente y del ser humano desde perspectivas experimentales; o, en otro orden de cuestiones, no es posible entender la capacidad para el lenguaje o simplemente planificar actividades de formación escolar sin saber cómo son las lenguas.

Dado lo anterior, nos encontramos, decía, en una situación de crisis –en el sentido etimológico de “mutación importante”– donde una parte del campo de estudio (la que tiene que ver con los textos) parece mirarse a sí misma con cierta perplejidad y otra aspira a cambiar de vestido y ser un paso hacia una deseable interacción (que no integración) con las ciencias de la naturaleza. No obstante, para ambas partes del espectro debería ser legítima la aspiración –que también lo es de la sociedad– de renovar las humanidades, dotarlas de un papel algo distinto del que han desempeñado hasta este momento: con mayor colaboración interdisciplinaria y más participación en temas, digamos, de enjundia socioeconómica. En todo caso, es evidente que en algunos campos hay un giro teórico-conceptual, y ese giro, junto a otros factores, establece una valoración distinta y un cambio en la situación social de los estudios sobre las lenguas, la historia, o la antropología. Me temo que esta situación, *mutatis mutandis*, se reproduce en algunas otras zonas de las humanidades, como la geografía y la arqueología.

¿Cómo afecta esta situación general al interior mismo de la disciplina? En el caso específico del estudio del lenguaje, una manera de enfrentarse con el giro metodológico y epistemológico planteado por la lingüística formal ha sido, por una parte, reforzar la vía de la interacción lengua-sociedad: más y mejor sociolingüística y, por otra, buscar nuevos elementos para fortalecer el eje descriptivista. Ese manantial de nuevos datos pendientes de acumulación y descripción se ha encontrado en el discurso. Al orientarse hacia el discurso, la lingüística de las lenguas convergía también con el movimiento general “posmodernista” de las humanidades, donde parece haber un debate entre la clásica lealtad a los autores, a los textos, al historicismo y a ciertos imperativos universales, frente a una agenda del análisis literario movida más por aspiraciones políticas u otras exigencias similares momentáneas. Dos formas ambas del interpretacionismo y del descriptivismo, dos formas también de reaccionar y de intentar adaptarse a un desarrollo de las ciencias donde algunas proceden con extraordinaria rapidez y otras parecían ancladas en las tradiciones.

De todos modos, ese giro teórico y sus efectos no es lo único que hay. Me interesa destacar, para cerrar el círculo, dos importantes características recientes de los estudios del lenguaje que, ciertamente, se encuentran también en otras ra-

mas de las humanidades. La primera –debida al perfeccionamiento de los recursos informáticos y a la facilidad de construir *corpus* especializados de gran finura– es la posibilidad de trabajar con cantidades ingentes de datos y de afinar por medio de ellos hipótesis de diversos niveles: fonéticas, sobre la estructura de la conversación, sobre los niveles del análisis morfológico, o sobre el procesamiento de las construcciones, entre otras muchas. La segunda –debida a la convergencia de la lingüística teórica con la psicología y al empleo de técnicas instrumentales y estadísticas para el estudio de la producción / comprensión– es el aumento de los trabajos basados en experimentos con grupos de sujetos.

Entonces, por razones de principio y por cuestiones de modernización de los instrumentos de análisis, el estudio del lenguaje se sitúa así en ámbitos más propios de las ciencias experimentales en los que las observaciones se siguen de estudios extensos, longitudinales a veces, y siempre muy rigurosos. Estos análisis inciden también en los debates internos de la lingüística teórica –en cuyo seno se plantean hipótesis aparentemente alternativas sobre la naturaleza del sistema lingüístico: construccionismo frente a sistema algorítmico, o lingüística cognitiva (una vasta designación para un conjunto de ideas diversas) frente a sintaxis generativa–, pues algunos de los experimentos, como es lógico, se orientan a contrastar hipótesis internas a esos debates.

Éste es el contexto general en el que quiero situar las breves anotaciones que siguen sobre los estudios de lingüística hispánica en España, América y en el contexto europeo.

## LOS ESTUDIOS HISPÁNICOS EN ESPAÑA Y EN EUROPA

Son varios los factores que han condicionado el desarrollo de las disciplinas científicas –no sólo de la lingüística– en España y quiero al menos enumerarlos pues es imposible analizarlos siquiera levemente en una nota como ésta. El primero es el aislamiento de España respecto de Europa y de gran parte del mundo avanzado que caracterizó a los 40 años que siguieron al final de la guerra civil española. Este distanciamiento del mundo de la ciencia española y sus instituciones dificultó en algunos casos su puesta al día cuando comenzó su renovación, a principios de la década de 1980. Hay que decir también que ese aislamiento no impidió que las disciplinas que habían experimentado una puesta al día brillante en la llamada “Edad de Plata” de la ciencia y la cultura españolas, que incluye la Segunda República, resurgieran con rapidez apenas tuvieron ocasión de hacerlo. Tal es el caso de la física y la química que habían crecido ya de manera llamativa con las iniciativas de la Junta para Ampliación de Estudios; o, en otros ámbitos, como el de los estudios histórico-filológicos, en los que, pese a la pérdida de importantes talentos llevados al exilio, algunas ramas del saber tuvieron un desarrollo digno, dentro de ciertos límites, en los años de mayor aislamiento. A la vez que hago la observación que precede, soy consciente de que esto es ya historia pasada para la mayoría de las disciplinas pues la ciencia española ha tenido un crecimiento asombroso en los últimos 20 años y sus resultados en algunas áreas (la física, la matemática, la química, la astrofísica, la agricultura, la economía fundamental...) ocupan un lugar paralelo al que le corresponde al país como quinta economía europea y octava del mundo.

¿Por qué las humanidades no parecen haber entrado en esa carrera hacia la interacción con los miembros relevantes de una amplia comunidad –lo

que se suele llamar el impacto— y hacia la visibilidad internacional, como si está sucediendo en las ciencias experimentales e incluso en algunas ramas de las ciencias sociales? Las razones son muchas y el alcance nacional que muchos de estos estudios suelen tener no es la menos importante. Pero quiero referirme aquí a un segundo condicionante de la situación de las humanidades, a saber, la estructura del sistema universitario. Es fundamental recordar que, a diferencia de otras disciplinas, la investigación en humanidades se desarrolla de manera muy mayoritaria en las universidades. Este sistema se estructura con profesores funcionarios elegidos mediante un sistema de acceso (“oposiciones” o “habilitaciones”) que permite el dominio de escuelas y concede un peso decisivo a los grupos o individuos capaces de influir y presionar. Este sistema es similar al de algunos países europeos (Francia e Italia en particular, si bien en éstos la estructura del sistema científico es, o era, bastante más compleja), pero muy distinto del de los países anglosajones o de los nórdicos.

Se señala también, con razón, que el sistema universitario español, pese a haber sufrido reformas que aspiraban a impulsar la autonomía universitaria, ha tendido a la selección endogámica. En España, en efecto, ha predominado lo que los expertos llaman la selección interna (la cooptación por razones de afinidad, escuela o clientelismo) frente a la selección por el mercado, o la selección por planificación y necesidades científicas o académicas. En todo caso, para lo que aquí nos concierne, este factor —unido a los factores culturales que indicaba al comienzo de esta nota— trajo consigo que la entrada de corrientes innovadoras se hiciera con mayor lentitud de lo que hubiera sido conveniente. En las áreas experimentales no integrarse en el mundo significaba, de una manera más evidente e inminente, simplemente desaparecer; en el caso de las humanidades esa consecuencia no era tan clara; incluso podía suceder lo contrario.

En España, la investigación sobre el español, así como la organización de las carreras universitarias giran hasta los años 1980 sobre dos ejes que se derivan en buena medida de la escuela filológica anterior a la guerra: los estudios de historia de la lengua y gramática histórica y los estudios gramaticales en una doble vía: estructuralismo y líneas devenidas de la buena tradición gramatical descriptivista. La lexicografía es y ha sido otra área de peso, con seguridad —al igual que sucede en el caso de la gramática— por la influencia de la Real Academia Española y sus trabajos en esas dos líneas, que han tenido una gran visibilidad académica (y también mediática), sobre todo en las dos últimas décadas.

La apertura al mundo que empieza a finales de la década de 1970, la increíble ampliación del número de estudiantes universitarios (por razones económicas y demográficas) y la aparición de nuevas carreras a comienzos de los años 1980 hacen que surjan también temáticas y proyectos de otras líneas. Así, en departamentos de Madrid y Barcelona comienzan a hacerse trabajos teóricos por parte de grupos de lingüistas generativistas; en los cada vez más numerosos departamentos de filología inglesa y de traducción e interpretación se desarrollan proyectos de comparación entre lenguas o se crean bases de datos para enseñanza, y aumentan también los proyectos relacionados con el discurso. Todo ello siempre dentro de un sistema que me atrevo a llamar muy conservador de las líneas de trabajo y, sobre todo, relativamente poco preparado en el aspecto técnico, pues el propio sistema de selección no premiaba hasta épocas muy recientes la estancia en centros diversos de aquellos en los que se forman los investigadores, el posdoctorado y, en general, la movilidad de los investigadores en formación. Por otra parte, la falta de masas críticas en

muchas áreas provoca que quienes investigan en cuestiones de mayor riesgo no cuenten con un medio propicio para la discusión constante, los seminarios y el trabajo en grupo que son en este momento consustanciales con la investigación avanzada.

A los efectos de la redacción de este artículo, he tenido acceso a los listados de los proyectos de investigación en lingüística del español presentados para obtener financiación de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia, el principal organismo financiador de investigación en el ámbito español, con un presupuesto de 430 millones de euros para 2007 sólo para proyectos de tamaño medio (dejo fuera becas, subvenciones a instituciones, grandes proyectos multidisciplinares, infraestructuras, etcétera). Lo que se muestra en ese listado, si se lo mira a lo largo de los últimos cuatro años, es un aumento de los estudios relacionados con la enseñanza (sobre todo comparada) de lenguas, por lo general del español y el inglés, en el marco de ideas sobre la competencia pragmática, las bases léxicas y, a veces, cuestiones semánticas. Por supuesto, abundan las investigaciones sobre el español y otras lenguas peninsulares (en especial, el catalán), orientadas muy a menudo hacia cuestiones pragmático-discursivas, a aspectos de la relación fonética, pragmática y discurso oral y, algo menos, pero con relieve, hacia cuestiones teóricas de la sintaxis y la semántica. Los estudios sobre el cambio y la variación lingüística pueden plantearse tanto desde la lingüística histórica como desde la microsintaxis o la geografía lingüística. Pese a tratarse de un país multilingüe con muchas situaciones de interés para la sociolingüística, son menos abundantes de lo que se esperaría las investigaciones en sociolingüística en sentido estricto. Sin embargo, en fechas más recientes se proponen —además de trabajos sobre “áreas” sociolingüísticas— investigaciones sobre la integración sociolingüística de la población inmigrante. En las peticiones de subvención abundan las dirigidas a la elaboración de diccionarios: diccionarios bilingües, diccionarios de léxicos especializados e incluso diccionarios sobre elementos gramaticales determinados. Por otra parte, algunas de las investigaciones antes mencionadas describen propuestas para construir bases de datos sobre todo léxicas sin precisar en todos los casos los fines por los que se constituyen. Son más recientes y escasos, pero suelen estar bien concebidos, los proyectos de lingüística informática.

El panorama de la investigación en filología y lingüística muestra, en suma, trabajos en numerosos campos, si bien con un predominio de los estudios discursivo-comunicativos, en un sentido muy comprensivo y descriptivo. Según entiendo, el ámbito de publicación de sus resultados es por lo general nacional y no hay apenas proyectos en los que colaboren equipos españoles con equipos europeos, ni grupos que participen en las acciones del Programa Marco de Investigación de la Unión Europea. Son escasos también los grupos que frecuentan las convocatorias de la *European Science Foundation*, muy propicias para enfoques modernos de las humanidades. Otro significativo ausente de los proyectos españoles es el movimiento hacia la interdisciplinariedad (y esta observación se aplica en general a los proyectos de otros países europeos).

Pese a no disponer de elementos de juicio organizados de manera sistemática, me atrevo a afirmar que el panorama que he descrito para España es muy similar en los países de América Latina. No obstante, existen algunos matices dignos de mencionarse. Así, la orientación hacia los estudios relacionados con la enseñanza probablemente sea allí más marcada, hay con seguridad menos concentración en la investigación gramatical (no hay continuidad entre la gramática tradicional y las modernas corrientes gramaticales como sí ha sucedido en España) y tal vez se enfatizan más algunos aspectos de la variación lingüística. Hay una gran confluencia, en cambio, en la orientación hacia el estudio descriptivo del discurso. En el fondo podría hablarse, creo, de una velada dependencia de la investigación peninsular. Prueba de ello es que al ser América Latina un territorio fabuloso para la investigación sobre lenguas indígenas no pueda hablarse más que de escasos resultados en esta área y el terreno de las lenguas aborígenes está más en manos de los antropólogos que de los lingüistas.

### INTERDISCIPLINARIEDAD E INTERNACIONALIZACIÓN

Tengo una cierta confianza en que esa situación, en lo que a España respecta, pueda cambiar en los próximos años, dada la importancia que los países europeos están concediendo a la dimensión internacional de la investigación científica y a la movilidad de los investigadores tanto en

el ámbito europeo como en el transatlántico. Muchos estudiantes graduados y posgraduados, también en humanidades, llevan a cabo periodos de formación en departamentos de universidades extranjeras. Si bien no cuento con datos cuantitativos precisos, los estudiantes interesados por la lingüística se dirigen a departamentos estadounidenses y canadienses, pero también a departamentos del Reino Unido, Alemania, Italia o los países nórdicos. En algunos países europeos se desarrollan proyectos que reciben financiación para posdoctorados adscritos a esos proyectos y se acoge en ellos a estudiantes extranjeros; esta situación no es infrecuente en RU y Alemania, incluso para la lingüística. La movilidad empieza a ser también un mérito bien valorado por nuestros centros de investigación más destacados y por algunas universidades en sus concursos de acceso (mucho menos ciertamente –por no decir “nada”– en humanidades que en otras áreas). Así las cosas, no es impensable que en un futuro próximo las nuevas generaciones de científicos introduzcan perfiles nuevos en la investigación en estas disciplinas, como ha sucedido ya en algunos terrenos de las ciencias sociales, en particular en la economía.

Permítaseme, para concluir, plantear algunas reflexiones sobre el actual debate europeo en torno a las humanidades y las ciencias sociales. En Europa se considera aún a las humanidades y las ciencias sociales como un área global frente a otras tres agrupaciones: las ciencias de la vida, las naturales y experimentales y las diversas “ingenierías”. España no es diferente en este sentido. Sin embargo, esa unión de las humanidades con las ciencias sociales se defiende con dificultad. En la NSF norteamericana, por ejemplo, se distingue desde hace tiempo entre artes y humanidades (historia y literatura, fundamentalmente), ciencias cognitivas y del comportamiento (psicología y lingüística) y ciencias sociales y económicas. Otra característica de las humanidades europeas es su entronque muy decimonónico, muy aislacionista o, si se prefiere, su estabilidad a lo largo de decenios. Es probable que las áreas universitarias en humanidades sean las mismas desde hace 50 o 60 años; basta decir que en nuestro país hay muy pocos departamentos de lingüística. En muchos Estados europeos la situación no es demasiado distinta.

En los dos o tres últimos años, activado por el comisariato de investigación de la Comisión Europea, ha comenzado a plantearse de manera incisiva la necesidad de impulsar cambios en la investigación en humanidades y ciencias sociales. Se ha dicho que la innovación tecnológica debe marchar mano a mano con la innovación social. De hecho, en el VII Programa Marco de investigación de la Comisión Europea se introdujo por vez primera un área específica de ciencias sociales y humanidades. Muchas son las reflexiones que se suscitan en este contexto. Se habla del papel de estas disciplinas en la visión y el cambio de la sociedad, y en su convergencia hacia la estabilidad social, política y económica. Europa se plantea reflexiones de relieve sobre su identidad, sobre los cambios demográficos, sobre el cambio global, sobre el envejecimiento de la población, sobre la inmigración, sobre la desigualdad por razones de género. Es una expectativa más que razonable que las humanidades y las ciencias sociales puedan tener un papel de relieve en la estructuración de esas reflexiones. Se discute también cuál ha de ser el papel de las humanidades en la información y formación de quienes deben tomar decisiones políticas, decisiones científicas e incluso decisiones económicas.

En Europa prevalece un debate vivo y creciente sobre la necesidad de los enfoques interdisciplinarios, que afecta de lleno a los estudios del lenguaje. Como decía en fechas recientes un experto de la NSF, Europa y Estados Uni-

dos de América no cortan la tarta de la misma manera. En esa institución estadounidense lo que marca las pautas es, más que el enfoque disciplinar, la conveniencia de estudiar en conjunto las fuerzas que modelan lo que podríamos llamar humano (y que sería, por tanto, propio de unas humanidades en sentido más abarcador y renovado). La interdisciplinariedad no es, sin duda, un fin en sí mismo, pero la evolución de las disciplinas como la lingüística muestra que si pensamos en términos de los objetivos de los estudios del lenguaje: conocer cómo son y qué fuerzas modulan las lenguas y su evolución e interacción con la sociedad, entonces quizá sea más apropiado reconocernos en un ámbito de ciencias de la cognición y de la relación entre el conocimiento y la sociedad. Uno de los proyectos prospectivos recientes de la ESF se titulaba justo “Origins of man, language and languages” y aspiraba a impulsar la generación de proyectos en los que trabajasen en conjunto filósofos, lingüistas, antropólogos, psicólogos de la cognición e incluso paleontólogos.

En las humanidades europeas de la ESF, por poner otro ejemplo, se proponen proyectos de enfoque disciplinario más o menos convencional, pero de gran alcance comparativo europeo. Hay, pues, un movimiento de lo nacional a lo paneuropeo que se ve facilitado por la mayor disponibilidad de medios informáticos, los equipos mayores y las buenas subvenciones que facilitan el trabajo en red y los desplazamientos para llevar a cabo actividades conjuntas.

Éstas son sólo algunas pinceladas, pero quedan muchas preguntas abiertas: ¿ha de haber gran ciencia social y humana del mismo modo que hay *big science*? ¿Cuáles son las grandes infraestructuras que necesitamos para las humanidades? ¿Qué función desempeñan los programas de doctorado en tanto que laboratorios para la formación de nuestros investigadores? ¿Cómo articular y hacer deseables los programas de movilidad de los investigadores para activar también así la internacionalización de las disciplinas? ¿Cómo se consigue que nuestros especialistas aprecien el valor de las publicaciones de calidad y alcance internacional, con independencia de la lengua en que se escriba?

Esperemos que el futuro próximo proporcione interesantes respuestas a todas estas preguntas, y a las muchas que se me habrán quedado en el tintero.

